

...Y COMIERON PERDICES*
(En torno a Fukuyama)

Dr. Patricio Oyaneder Jara

1. Casi al término del segundo milenio cristiano de Occidente, Francis Fukuyama ha impuesto su nombre en los círculos relacionado con la historia de las Ideas, gracias a un par de trabajos¹ de provocativo título, en los cuales afirma han llegado los tiempos del fin de la Historia.

* Este trabajo, en lo principal, fue expuesto como Clase magistral en el 35 aniversario del departamento de Filosofía de la Universidad de Concepción, abril de 1993.

1. Fukuyama, Francis, "¿El fin de la Historia?", Revista de Estudios Públicos No 37, verano 1990, trad. por equipo de traductores CEP. (Originalmente en **The National Interest**, 16, verano 1989); y "El fin de la Historia y el Último Hombre", Planeta, Barcelona, 1992. trad. de P. Elías. (Original en Inglés del mismo año). Citaré ésta como "Último".

Aunque en nuestro medios se han formulado críticas a la idea en cuestión -en general, negando enfáticamente eso del fin de la historia (como si esa negativa fuera una gran cosa)-, es posible apreciar en la vida política nacional ciertas prácticas "finististas": énfasis en el consenso, valoración unánime de la economía de mercado, discusiones de detalle, etc.

Por otra parte, el "sentimiento" de ese término se acentuó entre nosotros por aquello visto en la escena política mundial, y reflejado en la situación histórica nacional del cambio de régimen.

Esto, creo, es justificación suficiente para tratar una tesis que, podría parecer, no da mucho de sí. Sin embargo, la idea de Fukuyama es bastante más que una frase. Y más que la idea de un individuo.

No se trata, por cierto, de pretender el fin de los acontecimientos en el suceder del mundo, sino de destacar, más bien, el fin de un proceso de "búsqueda teórica" de la Humanidad en procura del diseño óptimo de relaciones políticas. Y dicho fin está representado, para Fukuyama, por el triunfo de la idea (del concepto) de la democracia liberal como modelo insuperable. Tópico que repite, con fervor de jaculatoria, a lo largo de su exposición². Y, lógicamente, si se obtiene una concepción del mundo definitivo, la imagen del hombre presente en aquélla será igualmente final: al fin de la Historia sigue el último hombre.

Reconoce Fukuyama la influencia de ciertos pensadores en la elaboración de su tesis, entre los cuales destaca principalmente, según los diversos temas, a Hegel, Nietzsche, Platón, Tocqueville, Kojève... En realidad, no es menester constatar si ha utilizado con fidelidad o no a dichos autores, pues él afirma que no le interesan por sí mismos, sino sólo en tanto aprovecha de ellos ciertos conceptos³. No es, entonces, labor de exégesis la suya, sino de creación. Por lo mismo, en esta exposición no nos preocuparán sus fuentes, sino nos ocuparemos de su discurso inmediato.

Se puede destacar, desde ya, que en su tesis intentará enlazar dos aspectos: las exigencias de la economía de mercado, que

2. Id., ¿El fin...?, op.cit., p.6; p.7, etc.; "Último", op.cit., p.11; p.12; p.82; p.84 n. 10; p. 289, etc.

3. "En las referencias que se hagan a Hegel en realidad nos referiremos a Hegel-Kojève, y nos interesarán más las ideas mismas que los filósofos que originalmente las articularon", "Último", op. cit., pp. 208-209.

imponen un cierto estilo de vida, y el intento de hacer de ese estilo algo atractivo. (Incluso el tema parece ser lograr el consenso, por insistencia, respecto de un estilo de vida democrático-liberal-consumista como fin deseable).

Es notorio, además, que la idea liberal se encauza en dos vertientes: una es la económica; otra, la política. Y el resultado de cada una de ellas es diverso, e históricamente antagónico: por la primera se llega a la diferencia, a la desigual concentración de riqueza, avalada por una moral del éxito; por la segunda, a la igualdad de derechos políticos, basada en la presunción de la semejanza de la naturaleza humana. Y este nudo gordiano permanece, en rigor insoluble ^{3b1s}.

2.- Para afirmar el triunfo de la idea liberal, Fukuyama parte de la constatación de ciertos hechos históricos-económicos -para él rotundos- que son "el definitivo colapso del comunismo"⁴, y el triunfo de la economía libre de mercado (o si se quiere, el triunfo del capitalismo, pues -indica- los dos últimos conceptos expresan un contenido similar).⁵

Por cierto, en el lapso transcurrido entre los dos trabajos mencionados del autor ocurrió la disolución de la Unión Soviética; en el primer escrito proponía el cambio político como efecto del cambio económico, y éste como producto del convencimiento, en los

^{3b1s} Precisamente, otro artículo de Fukuyama, de julio de 1992 en el "Journal of Democracy", se titula "Capitalismo y democracia. El eslabón perdido", citaré por la traducción aparecida en "Facetas" No 100, febrero, 1993, pp. 2-7.

4. "Último", p.58.

5. Son "alternativas aceptables", Id., p.81.

dirigentes de aquel Estado, de la supremacía de la **idea** liberal. En el segundo escrito, en cambio, aprecia elementos más concretos como causa del cambio inicial.

Si bien no habría sido el factor económico el único determinante en el colapso comunista -y más precisamente, es el derrumbe soviético- sí habría sido factor principal, por cuanto "resultaba muy difícil tolerar fracasos económicos en el sistema soviético porque el régimen mismo basaba explícitamente su legitimidad en la capacidad de dar a su pueblo un alto nivel de vida"⁶; como consecuencia, el mismo "sistema de creencias"⁷ soviético hizo crisis.

El fracaso económico habría sido efecto del mismo sistema administrativo centralizado soviético, sometido, además, a las presiones de una carrera armamentista que tecnológicamente estaba perdiendo⁸.

El triunfo capitalista, a su vez, se habría debido a la adopción de los principios de mercado⁹ y a la inserción e los países que lo adoptaron en "el sistema económico capitalista global"¹⁰. Sus éxitos prin-

6. Id., P.61.

7. Id., p.63.

8. Id., p.62;p.121. El segundo factor es reconocido ahora por Fukuyama; en su artículo de 1989 no lo menciona, no obstante era presumible pensar aquello (véase mi trabajo "Acerca de Francis Fukuyama: "¿El fin de la Historia?", en **Estudios Universales No 1**, Concepción, 1990,p.94). Es posible suponer, además, que ello debe haber sido determinante en la aceptación del inicio de la apertura del sistema por parte del Mando militar soviético.

9. Esto es, la protección de los derechos de propiedad y empresa privadas, Id., p.81.

10. Id., p.77.

cipales , luego de la Segunda Guerra Mundial, corresponden a naciones no comunistas del sudeste asiático, y en la última década a algunos países latinoamericanos -señaladamente Chile- que adoptan el modelo¹¹. Y aunque no hay una relación de necesaria interdependencia -dice- entre los logros económicos y el progreso en el afianzamiento de la libertad civil, alguna vinculación, no obstante, existe, en la medida en que dichos logros permiten a los ciudadanos de distintos países el discernir entre lo verdadero y lo falso de las alternativas posibles¹², percatándose de si han sido engañados o no. Y esto es importante, pues aunque haya retrocesos en los procesos concretos de democratización que actualmente ocurren en el mundo, lo que interesa -indica Fukuyama- es que las alternativas por las que pueden optar los países para organizarse política y económicamente han ido disminuyendo, e independientemente de lo que pase en la práctica, es la idea liberal, como concepto, la que ha resultado victoriosa, pues no hay actualmente ideología alguna "con pretensiones de universalidad" que pueda desafiarla¹³. Periclitados el fascismo y el comunismo, sus dos principales amenazas en este siglo, no hay otras ideas que amaguen la liberal; un fenómeno como el

11. Id., pp.77-78.

12. Id., p.74.

13. Id., p.82. Aunque Fukuyama sigue afirmando el triunfo de la Idea liberal (como idea), en su obra de 1992 no insiste, como en su artículo de 1989 (vid. Fukuyama. "¿El fin...?", op.cit., p.13) en que el cambio en la Unión Soviética haya estado determinado básicamente por el triunfo del liberalismo en el plano de las ideas, sino reconoce como determinantes principales a factores materiales concretos.

fundamentalismo islámico, por ejemplo, bien que sea seguido por millones de seres, no resulta atractivo fuera de su ámbito cultural, sostiene¹⁴.

El avance de la idea liberal democrática, a la cual se adhieren, en la segunda mitad de este siglo, cada vez más naciones¹⁵, **prueba** que hay "una tendencia común a la evolución de **todas** las sociedades humanas, es decir, algo así como una historia universal de la humanidad en marcha hacia la democracia liberal"¹⁶.

Aunque liberalismo y democracia son conceptos distintos¹⁷ se alzan en triunfadora conyunda porque -estima nuestro autor- expresan ciertas exigencias de la realidad.

3. En efecto, sostiene que los principios de libertad e igualdad que animan la idea democrática, corresponden a "descubrimientos sobre la naturaleza del hombre en tanto que hombre"¹⁸, mientras que la economía de mercado concuerda, por la eficiencia que despliega, con las exigencias tecnológicas que se desprenden de la ciencia moderna. Esta involucra a la organización de la sociedad para el logro de sus objetivos, que en los tiempos actuales se establecen sobre "un horizonte constantemente cambiante de posibilidades de producción"¹⁹. Dicha organización

14. Id., p.83.

15. Según Michael Doyle, citado por Fukuyama, "para que un país pueda considerarse una democracia ha de tener economía de mercado, gobierno representativo, soberanía externa y derechos jurídicos", Id., p.87, en nota; el subrayado es mío.

16. Id., p.88.

17. Id., p.79.

18. Id., p.89.

19. Id., p.123.

requiere de la división del trabajo, la concentración urbana, y la agrupación de individuos bajo "formas burocráticas de organización" es decir, forman parte de una estructura productiva dada, en virtud de sus destrezas. Todo ello en beneficio de la eficiencia económica, la que impone una uniformidad en el proceder de los países que desean lograrla ²⁰.

Es justamente la ciencia moderna, con lo que conlleva en su ejercicio, lo que ha impuesto un sentido direccional a la historia -sostiene Fukuyama-, en la medida en que se ha visto que los Estados que la han adoptado han debido, paulatinamente, ir adaptándose a sus exigencias derivadas. Y la competencia y el equilibrio entre los Estados obliga a los renuentes a tomar esa dirección ²¹.

Este desarrollo, en las naciones que han llegado a cierta cima, ha acelerado los procesos de innovación tecnológica al punto que en algunos campos, como en el de la computación, los ciclos de los nuevos productos duran sólo meses ²². Como es fácil colegir, una economía apoyada en tal tecnología requiere de un dinamismo constante, basado en el consumo. Así, la tendencia histórica es, desde cierta perspectiva, hacia una "cultura universal de consumo" ²³. Y las sociedades desean ser consumistas, afirma nuestro autor: "si bien no todos los países son capaces de convertirse en el próximo futuro en sociedades de consumo, apenas si hay alguna socie-

20. Id., p.125; p.127.

21. Id., pp. 131-139.

22. Id., p.143.

23. Id., Id., p.164.

dad en el mundo que no haga suyo este objetivo" ²⁴ . Esto permite hablar de una "historia universal", es decir, otorga al proceso histórico un sentido comprensible ²⁵.

Pero es ésta -reconoce Fukuyama- una interpretación económica de la historia ²⁶ , y más bien, de la dirección que toma hacia el liberalismo económico, pero no implica una relación necesaria con la adopción de la democracia como forma política ²⁷. Si bien "la democracia liberal puede ser más funcional para una sociedad que ha alcanzado ya un alto grado de igualdad social y de consenso sobre ciertos valores básicos" ²⁸ , hay, no obstante, "considerables pruebas empíricas en el sentido de que los modernizadores autoritarios

24. Id., p.187.

25. Id., "Si el hombre es primordialmente un animal económico motivado por sus deseos y por su razón, entonces el proceso dialéctico de la evolución histórica debería ser razonablemente similar para las distintas sociedades y culturas humanas"; aunque ésta es una tesis marxista, resulta válida para el liberalismo, indica Fukuyama; Id., p.195.

26. Id., p.193.

27. Id., p.186. "Si el socialismo tiende a evolucionar hacia el capitalismo, en respuesta a las exigencias de la modernidad posindustrial, ¿hay algún imperativo económico similar que incline a la democracia a las sociedades que se modernizan? En este caso, la respuesta es mucho menos clara" (Fukuyama, F., "Capitalismo y...", op. cit., p.5 Subrayado mío). "[...] las razones de que el desarrollo económico fomente la democracia se deben buscar fuera del ámbito de la economía. La elección de la democracia debe surgir del plano de la política y la ideología, es decir, del esfuerzo consciente del hombre por reflexionar acerca de su situación en la sociedad y crear reglas e instituciones que, de algún modo, vayan de acuerdo con su propia naturaleza esencial" (id.).

28. Id., p.177.

orientados hacia el mercado obtienen mejores resultados que sus homólogos democráticos" ²⁹. Si es así, hay que buscar entonces, el nexo entre ambos aspectos en otra parte.

4. La respuesta la encuentra Fukuyama en la "lucha por el reconocimiento" de raíz hegeliana, y en el *thymós* de la división tripartita del alma, en Platón.

"La autoconciencia es en y para sí en cuanto que y porque es en sí y para sí para otra autoconciencia; es decir, sólo cuando se la reconoce" dice Hegel³⁰. En otras palabras, el yo reclama reconocimiento de otro (de otro que también es, para sí, yo); ese reconocimiento exige lo sea de la singularidad (íntima, esencial) del yo, no vinculado a aparecer sesgado alguno, independiente en sí mismo hasta de la vida; por ello, la lucha por el reconocimiento comienza -históricamente, se podría decir- cuando el reconocimiento se busca en la lucha primordial con el otro, exponiendo la vida. De allí saldrán el señor victorioso y, si sobrevive, el siervo vencido ³¹. Pero eso es sólo el comienzo.

Para Platón hay en el alma humana tres partes, tres núcleos en los que se afincan fuerzas diversas; son éstas la parte desiderativa, en la que radican los apetitos ligados fundamentalmente a las necesidades corporales; la parte racional, capaz de liberar y discernir -y eventualmente, de oponerse a los

29. Id., p.183. "Una Interpretación económica de la historia nos lleva hasta las puertas de la Tierra Prometida de la democracia liberal, pero no nos hace pisar el umbral", Id., p.196.

30. Hegel, "Fenomenología del Espíritu", Traducción de Wenceslao Roces con la colaboración de Ricardo Guerra, Fondo de Cultura Económica, México, 1era. reimpresión, 1971, p.113.

31. Id., pp. 115-117.

impulsos relativos a los apetitos ya mencionados-, y, entre ambas, en un nivel intermedio, la parte irascible, **thymós**, que incita a buscar honores, sede también del enojo no sólo contra otros, sino contra nosotros mismos y por ello capaz de enrostrarnos algún acto vergonzante cuando no hemos actuado como debiéramos según experimentamos la propia dignidad. En el hombre equilibrado -el justo- esta parte es aliada de la razón en el control de la "bestia policéfala" de los deseos³².

Para Fukuyama la lucha por el reconocimiento, la presencia del impulso thymótico, es "incluso en sus manifestaciones más humildes, el punto de partida del conflicto humano"³³, y entiende ha estado presente, ya considerado como virtud, ya como peligro, en el pensamiento político occidental³⁴ ¿Y qué ha pasado? Que "el proceso de "modernización" descrito por las ciencias sociales contemporáneas puede entenderse como la gradual victoria de la parte de deseo del alma, guiada por la razón, sobre la parte "thymótica", en una oposición que tuvo por escenario incontables países del mundo. Las sociedades aristocráticas eran virtualmente universales, en las distintas culturas humanas, desde Europa a Oriente Medio, a Africa y al Asia sudoriental. La modernización económica exigía no sólo la creación de estructuras sociales modernas, como ciudades y burocracias racionales, sino también la victoria ética del modo de vida burgués sobre la

32. Platón, "República", 439b-440b; 580e-581c; 588c-589b. (el hombre "thymótico" es el que ama la competencia (549a)).

33. Fukuyama, F., "Ultimo", op. cit., p.254.

34. Id., pp. 255-259.

vida "thymótica" del aristócrata" ³⁵.

Entonces, "la sociedad moderna estaría formada [...] por lo que C.S. Lewis llamó "hombres sin pecho", es decir, de gentes que se componen enteramente de deseos y razón, pero que carecen de la orgullosa autoafirmación que, de alguna manera, estaba en el meollo de la humanidad del hombre en épocas anteriores" ³⁶. Y se pregunta Fukuyama: "¿o es qué hay una moderna comprensión más elevada del liberalismo moderno, que se esfuerza en conservar el lado "thymótico" de la personalidad humana en vez de exiliarlo del territorio de la política?" ³⁷. Creerá que existe esa visión. Piensa que el proceso histórico se ha dado en términos hegelianos, y que finalmente el esclavo, reconociéndose como (libre) creador en su trabajo, llegó a concebir la idea de libertad, que contrastaba sin embargo con su situación. Luego, con el aporte del cristianismo y su idea de que todos los hombres poseen igual dignidad a ojos de Dios, y que como sujetos morales poseen igualmente libertad, tal idea pareció ser confirmada ³⁸. Pero como, a la vez, el cristianismo afirmaba la plenitud del ser humano como posible logro ultraterreno, "acabó reconciliando a los esclavos del mundo real con su falta de libertad al decirles que no esperaran su liberación en esta vida" ³⁹. Y habría sido entonces la Revolución Francesa la que trasladó la visión cristiana de una sociedad "libre e igual", a la tierra. La

35. Id., p.260.

36. Id., p.263.

37. Id., p.266.

38. Id., pp. 271-274.

39. Id., p.274.

revolución habría satisfecho la necesidad de reconocimiento en los que arriesgaron su vida por obtener los cambios, primero, y en propagarlos, después⁴⁰. Al realizar la libertad e igualdad, realizaban el ideal cristiano aquí y ahora^{40bis}. y ésa es su herencia.

Así, gracias a ello, en la modernidad "la vida en una democracia liberal es, potencialmente, la ocasión de seguir el camino hacia una gran abundancia material pero también nos enseña el camino hacia la meta, enteramente no material, del reconocimiento de nuestra libertad"⁴¹. Este reconocimiento se expresa en la forma de concesión y protección de los derechos del individuo, que por el hecho de nacer tiene derecho a la vida, a la propiedad, derecho de opinión, de religión, de participación, y agrega, como es sabido, que el límite de esos derechos es el derecho del otro⁴². De este modo el liberalismo ha superado las "ideologías de esclavos" del cristianismo y del comunismo⁴³. ¿Es esto todo? No; "la afirmación de Kojève -acota- de que nos hallamos al final de la historia se mantiene o se cae según se mantenga o caiga la aserción de que el reconocimiento proporcionado por el Estado democrático liberal moderno satisface adecuadamente el deseo humano de reconocimiento"⁴⁴. Para esto, reconoce Fukuyama "el surgimiento y duración de

40. Id., p.276.

40bis Id.

41. Id., p.277. "[...] sólo la democracia liberal puede satisfacer de un modo racional el deseo humano de reconocimiento, ya que confluere los derechos elementales de la ciudadanía en un plano universal de igualdad" (Fukuyama, F., "Capitalismo y...", op.cit.p6)

42. Id., pp.279-280.

43. Id., p.283.

44. Id., pp.284-285.

una sociedad que encarne el reconocimiento racional parece **requerir** la supervivencia de ciertas formas de reconocimiento irracional"⁴⁵ y, precisamente, "para que la democracia funcione [...], los ciudadanos de los Estados democráticos han de olvidar las raíces instrumentales de sus valores y sentir cierto orgullo "thymótico" por su sistema político y su modo de vida"⁴⁶; han de amar la democracia porque es suya, y ver la tolerancia no sólo como un medio, sino como la virtud que define la democracia liberal⁴⁷. (Del mismo modo, el liberalismo económico requiere de formas thymóticas, como el orgullo por el trabajo por ejemplo⁴⁸).

Con todo, todavía se puede interpretar de modo variado el capitalismo y la democracia liberal, por lo que, aun cuando marchen hacia esas formas los Estados, continuarán existiendo diferencias entre ellos⁴⁹. Al fin, Fukuyama prevee el mundo dividido en dos partes: una posthistórica y otra aún inmersa en la historia, entre las cuales habrá puntos de contacto (y colisión): el petróleo, la inmigración, el control de la parte desarrollada sobre la otra en beneficio del "orden mundial"⁵⁰. Lo propio del mundo posthistórico será la preocupación por las cuestiones económicas⁵¹.

45. Id., 285. La contradicción entre ambas formas de reconocimiento se resolverá transformando la segunda en un reconocimiento tal, que no altere un orden dado.

46. Id., p. 293.

47. Id., p. 294.

48. Id., pp. 305-320.

49. Id., p. 332.

50. Id., pp. 275-276.

51. Id., p. 383.

Hacia allá apunta la Historia; pero hay una cuestión que permanece, y que hace reiterar al autor ciertas preguntas: ¿satisface esto efectivamente al hombre? ¿En verdad satisface la democracia liberal el deseo de reconocimiento? ⁵². Aquí, Fukuyama da respuesta de compromiso.

5. El hombre contemporáneo, dice, es "el último hombre": "la experiencia de la historia lo ha agotado y lo ha desengañado de la posibilidad de una experiencia directa de los valores" ⁵³; tal vez, se ha vuelto "sensato" ⁵⁴, cultiva la tolerancia, ⁵⁵ y de sensato y tolerante, calla y deja pasar... ¿Es ése el fin?; No; el *thymós* puede ser -de hecho lo es, piensa Fukuyama- reencauzado en la sociedad liberal democrática, y la competencia, la lucha por el reconocimiento, reaparece bajo otros sellos (al menos, en las sociedades desarrolladas): en la actividad económica; en la política tanto interna como exterior; en la adhesión a causas del Tercer Mundo; en los deportes, y en diversas actividades formales, pequeñas artes y destrezas... ⁵⁶. Esto, al fin, permite que subsista la *megalothymia* (el impulso a sobresalir entre otros), pero "domesticada y segura" ⁵⁷. Pareciera, entonces, que la democracia liberal satisface las tres (según el esquema de Platón) partes del alma, atendiendo a las necesidades (que van continuamente variando por la mecánica del consumo), conservando el deseo de reconoci-

52. Id., p.389.

53. Id., p.410.

54. Id., p.405, n.4.

55. Id., p.409.

56. Id., pp.421-425.

57. Id., p.446.

miento, aunque racionalizándolo⁵⁸. Aunque -agrega, abriendo de nuevo el asunto- no se puede saber si eso gustará definitivamente a todos, y si cesará la búsqueda del hombre⁵⁹.

6. Hasta aquí Fukuyama, al menos en una de las perspectivas posibles, de las varias, para enfrentar su obra con afán de síntesis.

Curiosamente, y aunque anuncian el fin de la Historia -o quizás por eso- tienen sus escritos un dejo anticuado; y es que no se puede dejar de percibir en ellos resonancias de la Ilustración. Así, por ejemplo, aparece claro que un elemento principal en su exposición es la afirmación de que existe una naturaleza humana determinada, conocida, la cual es satisfecha en sus aspiraciones por la idea liberal. De allí su confianza en el Progreso: si se ha logrado determinar qué es el hombre se puede conocer qué necesita en tanto hombre. La antigua la idea cristiana, laicizada: lo que el hombre necesita en tanto hombre puede lograrlo, ahora, aquí. Basta aplicar algunas ideas que estructuren la práctica, y tendremos el Paraíso terrenal -más terrenal que nunca- redivivo. Es indudable la proximidad entre el liberalismo y el marxismo aquí, lo que no resulta sorprendente por cuanto el marxismo el hijo legítimo, aunque rebelde, del liberalismo. Pero más allá de esto se trata, en el fondo, de la sustitución de un materialismo por otro, de momento aparentemente exitoso.

De esto derivan una serie de consecuencias que ponen a prueba la tesis de Fukuyama. La primera de ellas, que deba conformarse

58. Id.

59. Id., p.448.

toda otra dimensión humana a la estructura básica de la economía liberal, si se quiere disponer de tecnología avanzada. No obstante, el mismo autor señala a modo de ejemplo y como excepción a lo anterior, el caso de Irán, que dispuso en la guerra contra Irak -entonces apoyado por potencias capitalistas- de armas avanzadas, producto de aquella tecnología, gracias a la venta de su petróleo, sin cambiar su estilo de vida fundamentalista⁶⁰.

Y podemos nosotros mencionar ejemplos más notorios, como la India, dotada tempranamente de la bomba atómica y de una cierta industria de armamentos, y dejada curiosamente en paz por las potencias, con su religión y su sistema de castas^{60bis}.

Pero hay serios conflictos íntimos en la India, se dirá y es cierto (y no menos cierto que buena parte de ellos involucran aspectos religiosos, en principio, y no económicos), y también es cierto que hay conflictos en EE.UU., donde conatos de rebelión obligan a poner a ciudades tan pobladas como países de otras latitudes bajo régimen marcial. ¿De qué se trata, entonces?

Es efectivo que desde la Epoca Moderna lo que define a Occidente, en gran medida, es su búsqueda del dominio de la naturaleza. La ciencia, si se quiere. Pero otra cosa es

60. Id., p.122.

60bis Este trabajo fue leído en abril de 1993; meses después (julio) apareció en los diarios la noticia referente a que Rusia, por acuerdo con EE.UU., dejaba de vender motores-cohete a la India, y que suspendería su asistencia técnica al respecto. A ello hay que sumar el control de las instalaciones nucleares de Irak, y las intenciones de someter al mismo control a Corea del Norte.

identificar aquello con el liberalismo económico. Es más, los logros más espectaculares son, en cierta forma, los del ámbito militar al que hemos aludido, pero en ello poco hay de libre mercado, ya que los fondos para la investigación requerida para dichos logros proviene de financiamiento estatal planificado, y así como algunos éxitos en la tecnología bélica nos dejan atónitos, semejante impresión nos puede dejar el conocimiento de las sumas de miles de millones de dólares gastados en proyectos que han fracasado. Se podrá objetar que si es posible gastar dichas cifras es porque se tiene el apoyo de una economía de mercado exitosa; en parte eso en verdad, siempre que se agregue que es exitosa dicha economía para la nación que tiene dominio, controlando, entre otras cosas, las fuentes de materias primas con precios muy lejanos de un mercado "libre". Las enormes reservas de materiales estratégicos que mantienen las grandes potencia ilustran aquello.

Pareciera más bien que, en lo fundamental, las afirmaciones de Fukuyama corresponden a esa perspectiva norteamericana de apreciar algunas de sus instituciones y de sus modos de vida como el acertado epítome de lo humano^{60ter}.

En fin, que no tenemos por qué identificar Occidente con el liberalismo ni económico, ni político. Ni menos con EE.UU. como modelo.

Otro aspecto cuestionable en los dichos de Fukuyama es su afirmación de que el senti-

^{60ter} Y esto aparece no sólo en la consideración de aspectos políticos; échese un vistazo a la teoría del desarrollo moral de Kohlberg, si se quiere un ejemplo en otro campo.

do de la Historia contemple como objetivo, como **telos**, una "cultura universal de consumo". Es decir, el consumo como valor supremo. Eso significa proponer como máximos a valores ínfimos, ignorando el resto de la jerarquía, por decirlo en términos scheelerianos. Por otra parte, desde un punto de vista material, es lógico pensar que tiene que haber un límite en esto, tanto en la explotación de fuentes de recursos, cuanto en la producción y oferta de bienes y su consumo por parte de los individuos. Lo primero es lo más evidente, y de ello se habla bastante en el ecologismo hoy en boga. En cuanto a lo segundo, nos encontramos con varios aspectos: el mercado tiene un tope que es la capacidad no ya económica, sino física de consumir. La solución es ampliar el mercado y buscar nuevos consumidores. Eso es lo que estamos viviendo. Esta "búsqueda de nuevos consumidores" reviste la forma de "transformación de sujetos en consumidores específicos", con todo lo que ello implica de transformación cultural, pues las necesidades del hombre aparecen mediatizadas culturalmente en su satisfacción, y si bien todo hombre es consumidor en la medida en que satisface necesidades materiales, lo que al mercado preocupa es dirigir esas necesidades hacia cierto consumo dado, que es el de ciertos bienes que interesa vender. Para ello, hay que modificar la cultura misma, llegado el caso. Y como la cultura es ese tejido que nos sustenta, toda variación en los hilos de su urdimbre y su trama produce una variación en el conjunto. Y ese conjunto es la totalidad de puntos de referencia que forman una cultura dada: normas, usos,

valores... Frente a esto, se puede pensar que ciertas culturas tienen una tradición suficiente como para que persistan -por sobre ocasionales y superficiales mimetismos- en sus formas propias. Tal vez sea el caso de los pueblos de cultura islámica, por ejemplo. Esto lo reconoce Fukuyama, pero pasa por sobre ello: "a pesar de la fuerza mostrada por el Islam en su actual renacimiento, sin embargo, sigue siendo cierto que esta religión no ejerce en la práctica ningún atractivo fuera de las zonas que eran ya culturalmente islámicas"⁶¹. Con esto se desentiende de una quinta parte de la población mundial: mil millones de personas⁶², y aquí topamos con otro aspecto del discurso de Fukuyama: aquello no lo interesa. Como no le interesa que se sigan dando en la historia conflictos religiosos, raciales, o de nacionalismos; o que puedan resurgir ideologías como el fascismo, o que se revitalice, incluso, el comunismo. Lo que importa es que ninguna de esas manifestaciones representa, para él, alternativas superiores al liberalismo⁶³. En verdad esto suena a fe, a fe de profeta.

7. Con esto, lo del "fin de la Historia" va quedando simplemente como mero título atractivo; según vemos, para el mismo Fukuyama, hay historia para rato.

En verdad, lo que termina desplazando a otros temas en su obra, es la preocupación por lo satisfactorio o no de la vida para el hombre en el mundo posthistórico, es decir, el mundo democrático-liberal. Allí se juega realmente el triunfo de la idea liberal. Si

61. Id., p.83.

62. Id.

63. Id., p.84 y n.10.

no nace la búsqueda de ulteriores conceptos, se puede afirmar su victoria; en caso contrario, no.

Queda claro que para Fukuyama las condiciones materiales exitosas, producto de una eficaz economía, no son aval suficiente de permanencia del esquema; de allí su llamado a forjar un orgullo demo-liberal. Pero, como se ha visto, no se detiene allí sino sigue insistiendo en los motivos y en las maneras de adherir al modelo. El principal de los motivos es utilitario: el último hombre -al menos el que se da cuenta de su condición, habría que añadir-, está agotado por la experiencia histórica, "de vuelta" de muchas cosas, de muchos sucesos. Su virtud es la sensatez; su **praxis**, la tolerancia. Pero, ¡cuidado!: es sensato y tolerante por cansancio. En el fondo, es un desilusionado, y no deja de recordarnos al Cándido de Voltaire, cultivando su jardín... Tiene, para llenar el vacío de su pecho, ofertas varias de un mercado bien surtido, que le permiten llenar su tiempo sin historia. Este, repito, es aquel suficientemente lúcido como para captar su situación; el otro que comparte su mundo sin darse cuenta de lo anterior, es sólo la bestia consumista que transforma en hitos su secuela de adquisiciones. ¡Ay, si fallara su base económica! Caerían de narices en la Historia; sensatez y tolerancia desaparecerían, y en su pecho habría angustia o ira. Pero concedamos estabilidad al mundo posthistórico... Puede este nuevo Cándido, según hemos visto, hacer reverder su **thymós** compitiendo en los negocios, en la política, o mejor aún, en la exigencia física deportiva, o si no son éstos sus afanes, al menos culti-

vando en su jardín flores que sean envidia del vecindario. Si algo de rebelde mora en él, incluso puede hacer suyas las luchas del Tercer Mundo, que para eso estamos, no faltaba más.

No se crea que Fukuyama es un simplista; lejos de eso. Su análisis es interesante y, en ocasiones, bastante fino. Lo que pasa es que ha elegido deambular en la inmanencia. Su propuesta materialista le impone un horizonte estrecho. Su último hombre es como un sujeto que habita una casa confortable, con televisión, teléfono, radio y toda la parafernalia de electrodomésticos que quiera (en las antípodas de su pariente que habita un departamento estatal moscovita); pero su casa no tiene ventanas. Y no se atreve a salir, ni siquiera a asomarse, porque piensa que afuera hay oscuridad y crujir de dientes.

Es curioso que Fukuyama haya adoptado la psicología platónica, cercenándola. El *thymós*, la parte irascible, es en Platón una instancia auxiliar del alma vista como un todo, la que, para ser buena, para ser plenamente humana, debía forjarse en el áspero ascenso a las regiones celestes de la realidad plena, opción que tenía lo suyo de albur, porque se apuntaba a un fin que hasta podía no ser tal⁶⁴ pero que "valía la pena". Y son las penas las que él último hombre quiere evitar.

8. Al final, nos quedan tópicos no resueltos. Por una parte, el fin de la Historia es una metáfora. Por otro lado, en la idea liberal sus vertientes económica y política siguen separadas: ni la economía de mercado conduce necesariamente a la

64. Platón, Menón, 86b; Fedón, 114d.

democracia, ni la idea es estimada como positiva en todas partes, ni la historia total de las naciones llegará a ese fin. Y además, en los países donde ha triunfado, puede que, a la larga, ya tampoco satisfaga.

Pero es indudable que Fukuyama describe un momento histórico, desde la perspectiva de una ideología superviviente de la pugna que involucró a varias en este siglo. Y que intenta, como lo ha hecho el hombre desde sus inicios, conjurar el tiempo, salir del tiempo, y fijarlo en un eterno presente, al modo paradisíaco de los mitos primigenios.

Es cierto que hemos experimentado en diversos países, en nuestro propio país, un sentimiento de término, un cansancio, unidos a discursos de sensatez y de tolerancia. Pero podemos imaginar, también, a los animales de la granja de Orwell en semejante situación, poniendo un nuevo lema: "todos los animales han llegado al fin de la Historia, pero algunos están más al final que otros". Y eso basta para saber que no hay término. Para entender, una vez más, que el hombre de Occidente -limitémonos a éste- se ha sentido siempre, pese a furores temporales, con una vocación transmaterial, como que las puras cosas no le bastan, aunque llegue, incluso, a concebirse como finito.

Y **ésta** historia tratada aquí, nos puede servir, al menos, para advertir los matices de la Historia que se va haciendo.